

## DE “TEMIBLES SABANDIJAS” Y “PONZOÑOSAS ALIMAÑAS”. LOS INSECTOS CONTRA EL “PROGRESO” DE LA AMÉRICA COLONIAL

JAIME ANDRÉS PERALTA AGUDELO<sup>1</sup>

### RESUMEN

Los insectos formaron parte de los estudios de la ciencia ilustrada durante el siglo XVIII e inicios del XIX. Tomando al ámbito del virreinato de la Nueva Granada, y desde la óptica de la historia cultural de los animales, se analizarán en este artículo algunos aspectos de los contenidos y de los significados inmateriales sobre la entomofauna tropical que, más allá de los informes científicos, sirvieron a las élites ilustradas para articular un discurso de intervención social, cultural y política sobre las zonas todavía no controladas y explotadas por el sistema colonial. Aquellas “temibles sabandijas” eran la muestra evidente de que se debía abatir el medio natural de las regiones cálidas; lucrar con los tesoros botánicos y zoológicos que allí se escondían; y, por supuesto, homogeneizar culturalmente a los grupos humanos igualmente “salvajes”, pues de este modo podrían asentarse aquellos que se percibían a sí mismos como los voceros del “progreso” y de la “civilización”.

Palabras clave: historia cultural de los animales, insectos, discursos simbólicos, Ilustración, “civilización”.

## OF “TERRIBLE BUGS” AND “POISONOUS VERMIN.” INSECTS AGAINST THE “PROGRESS” OF COLONIAL AMERICA

### ABSTRACT

Insects were part of the studies of enlightenment science during the eighteenth and early nineteenth centuries. Taking into consideration the environment of the Viceroyalty of New Granada, and from the point of view of the cultural history of animals, some aspects of the contents

<sup>1</sup> Grupo de Investigación: Comunicación, Periodismo y Sociedad. Universidad de Antioquia (Medellín-Colombia), Facultad de Comunicaciones, jandresperalta@gmail.com, jaime.peralta@udea.edu.co. Esta investigación fue financiada por la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia (Medellín-Colombia) en la vigencia 2019.

and of the immaterial meanings on the tropical entomofauna will be analyzed in this paper that —beyond the scientific reports— served the enlightenment elites to articulate a discourse of social, cultural, and political intervention for areas not yet controlled and exploited by the colonial system. These “poisonous vermin” were the obvious sign that they had to conquer the natural environment of the warm regions, profit from the botanical and zoological treasures that were hidden there and, of course, to culturally homogenize the equally “wild” human groups, so that those who perceived themselves as the spokesmen of “progress” and “civilization” could settle there.

Keywords: Cultural history of animals, insects, symbolic speeches, Enlightenment, “civilization.”

## INTRODUCCIÓN

El estudio, recolección, clasificación y eventual utilización productiva de las distintas especies de flora y fauna americanas —en especial de aquellas que se hallaban en la zona tropical y las que poblaban las regiones cálidas de las distintas posesiones españolas en el continente— fueron tareas que ocuparon un espacio muy importante dentro de las investigaciones científicas y los proyectos de reordenación de las economías virreinal y peninsular. Estas labores las llevaron a cabo distintos grupos de poder, situados a ambos lados del océano Atlántico, durante el siglo XVIII e inicios del XIX.

Los insectos (fusionados en aquel entonces a las otras clases de invertebrados del *phylum* de los artrópodos —como los crustáceos, los miriápodos o los arácnidos—) formaron parte de este renovado interés por los seres vivos que poblaban las colonias de ultramar y, aunque en menor proporción que los mamíferos, las aves o los reptiles, también estuvieron presentes en las memorias académicas, los informes de los funcionarios reales, las relaciones geográficas, las ilustraciones zoológicas o en los documentos producidos en las misiones religiosas.

Al seleccionar y estudiar algunos de los documentos anteriores, queda en evidencia que en el virreinato de la Nueva Granada<sup>2</sup> —tópico que ha sido relativamente ignorado dentro de la historiografía nacional— se hicieron observaciones y descripciones sobre los hábitats de distintas especies de insectos, procesos de metamorfosis, ciclos de migración, dieta alimenticia, pautas de reproducción, estrategias de crianza o defensa, aprovechamiento de materias primas derivadas (cera, miel, tintes, abonos, aceites, etcétera) y demás aspectos de la existencia de aquella parte de la fauna local.

Este artículo no aborda el desarrollo y los logros de la disciplina entomológica del periodo tardo colonial, se centra en analizar algunos aspectos de los contenidos y de los significados que, sustentados inicialmente en los datos, métodos y paradigmas de la historia natural vigentes, irían más allá de lo estrictamente científico para articular un discurso social, cultural y político sobre los insectos. Dicho de otro modo, los agentes coloniales de Madrid y de los centros del poder andino —con continuidades, resistencias o alteraciones regionales y locales— utilizaron estos estudios para su proyecto común de dominación de espacios naturales todavía no controlados y de grupos humanos que los habitaban.

Este trabajo no se vincula tanto a la historia de las ideas o de las ciencias, más bien se enfoca en la indagación cultural de los procesos históricos en el sentido de lo que señala Peter Burke: “no como un campo rodeado por una cerca, sino más bien como una historia escrita desde un ángulo o punto de vista particular, que se concentra en el elemento simbólico presente en todas las actividades humanas” (2011, 49).

<sup>2</sup> La denominación se creó de forma temporal entre 1717 y 1723 y se retomó de 1739 a 1815 con algunas interrupciones. Comprendía, en términos generales, los actuales territorios de las repúblicas de Panamá, Colombia, Venezuela y Ecuador.

LOS INSECTOS: CRIATURAS “DEGENERADAS”<sup>3</sup>

La perspectiva analítica que aquí se utiliza es la denominada historia cultural de los animales,<sup>4</sup> la cual considera que la relación de los seres humanos con su entorno ambiental y geográfico y con las distintas entidades biológicas que lo habitan —prefiguradas desde el pensamiento occidental como no humanas— se expresa no sólo desde el campo de lo material (cría, caza, pesca, aplicaciones médicas, empleo de partes en objetos, etcétera), sino desde el entorno de los significados inmateriales o simbólicos presentes en cada práctica relacionada con la fauna.

Esa relación es una creación histórica situada en un tiempo o en un lugar específicos. La construyen y la “usan” determinados grupos humanos portadores de intencionalidades concretas, según sus intereses en el marco de la colectividad en la cual viven. Alude a la forma de percibirse desde un “nosotros” —aunque da cabida a expresiones diferenciales internas y a no pocos conflictos por la supremacía en el discurso— frente a los “otros” del medio natural y social. Como lo advierte la historiadora Elena Moreno, para el estudio de las representaciones animales, vegetales y humanas dentro del universo mítico europeo del Renacimiento, mediante diferentes soportes físicos (monedas, estatuas, emblemas, textos literarios, libros de *Summas* medievales, etcétera), la “irradiación de ideas” requiere:

un fin innegablemente político, ideológico y social que se avalará mediante la divulgación de motivos decorativos cuidadosamente seleccionados según el contexto [...] Es por ello que encontrar los significados, directos o indirectos, velados intencionalmente o no, inculcados en los motivos y temas representados, llevará al encuentro con la realidad histórica, política, social, religiosa, ideológica [...] de la sociedad que la creó (Moreno 2007, 181).

De allí que lo que se afirme frente a la naturaleza, tanto en contenidos como en significados, marca no sólo el cómo se actúa frente a ella, sino los intereses, los motivos, las prácticas, los códigos de conducta o las matrices de valores de quienes se expresan frente a ese cosmos de referencia. Para el ámbito concreto de los animales o, mejor, del estudio histórico de sus relaciones con las sociedades humanas, los historiadores de la fauna Philip Armstrong y Laurence Simmons añaden —al revisar los bestiarios medievales— que:

el campo inter y multidisciplinario de los “estudios animales” da [hoy] una nueva licencia a los académicos de las ciencias humanas y sociales para hablar con autoridad

<sup>3</sup> Las palabras entrecomilladas han sido extraídas de los documentos coloniales del siglo XVIII que se consultaron.

<sup>4</sup> En el medio anglosajón también se le conoce como “estudios animales”, “estudios humano-animal” (HAS por sus siglas en inglés), o simplemente “antrozología”. Los franceses prefieren el rótulo “zoohistoria”.

sobre varios aspectos del así llamado “mundo natural”. Los investigadores de los estudios animales están examinando el significado cultural, filosófico, económico y social a través de los cuales los humanos y los animales interactúan entre sí [...] esto es así porque la misma idea de lo humano —al menos de la manera en que nos entendemos y experimentamos como tales— está íntimamente relacionada con las ideas que se tienen de los animales (2017, 1).

Con base en esta postura,<sup>5</sup> se hace evidente que la vinculación histórica entre humanos e insectos ha sido consustancial al desarrollo de la cultura y de la sociabilidad:

los artrópodos y el hombre han mantenido una estrecha relación desde la misma aparición de los homínidos. A pesar de que no hay una gran empatía por la mayoría de los organismos del *phylum* Arthropoda, sí se les ha utilizado a lo largo de los siglos desde diferentes puntos de vista: cosmogónico, alimenticio, económico, de salud pública, terapéutico e inclusive en la rutina de las personas a través de canciones, refranes, etcétera (Pinkus 2010, 96).

Es así como la noción general que se tuvo durante la Ilustración sobre los insectos partió —como tantas otras cuestiones relativas al medio natural y sin romper de manera abrupta con la tradición grecolatina y la medieval precedentes, aunque agregándole nuevos términos constitutivos— de la llamada “determinación climática”. Se ha escrito mucho de ella a partir del texto clásico de Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo* (1955), pero, para nuestro caso específico de indagación se hizo visible que dentro de la noción de la América tropical —tomada como una tierra húmeda, calurosa, a medio desecar tras el diluvio universal, con suelos pantanosos y rodeada de vapores mefíticos, tan primitiva como salvaje— se recurrió también a los insectos del Nuevo Mundo en general y del virreinato neogranadino en particular.

Las referencias a estos insectos, sumados a los reptiles y a los anfibios, se tomaron de autores como Buffon, Cuvier o Lamarck y eran la muestra de que en este continente pululaban por doquier formas inferiores de vida. Nacían aquellos “bichos inmundos”, como definiría a los insectos el propio Buffon, de la podredumbre de sus suelos y aires; se reproducían, además, con enorme rapidez en esta inmundicia de selvas y marismas y, por lo tanto, estos seres eran enormes entre su pequeñez y sus legiones tan numerosas que devastaban

<sup>5</sup> No se desconoce el debate en torno a la llamada entomología cultural y se está de acuerdo con la definición general de que es “la rama de investigación que aborda la influencia de los insectos (y otros artrópodos terrestres, incluidos los arácnidos, miriápodos, etcétera) en la literatura, el lenguaje, la música, las artes, la historia interpretativa, la religión y la recreación” (Hogue 1987, 181). Sin embargo, esta perspectiva tiende a excluir varias facetas de la vida social en relación con los insectos como la alimentación, la medicina o la manufactura y ha subvalorado el componente simbólico de estos y otros ámbitos de la experiencia humana. Por ello se ha optado por la vía más integral que aborda la historia cultural de los animales.

todo a su paso (Gerbi 1982). De allí que, metafóricamente, los insectos de la América en las vecindades del ecuador terrestre se representarían como evidencia de la degradación de sus animales, del estado embrionario en que estaban, de lo mucho que les faltaba para ser criaturas complejas y “nobles” y, por ende, su esencia se correspondía de forma directa con la “degeneración” intrínseca de esta región del globo.<sup>6</sup>

Aunque varios autores que viajaron o nacieron en estos parajes no llevaron aquella determinación climática a tales extremos, la validaron cuando introdujeron un nuevo indicador en la escala de valoración del medio natural americano, pasando del criterio de referencia de la latitud por la de los metros de altura sobre el nivel del mar. El prusiano Alexander von Humboldt y el neogranadino Francisco José Caldas fueron dos voceros de la nueva segmentación de espacios naturales en “cuadros”, es decir, por apartados longitudinales de altitud medidos con base en la nivelación barométrica y con sus factores naturales asociados (atmósfera, vientos, relieve, suelos, vegetación, fauna, etcétera).

En cada uno de ellos “no hay individuo en toda la extensión de la tierra que pueda sustraerse al imperio ilimitado de estos elementos, ellos los alteran, los modifican, los circunscriben; ellos varían sus gustos, sus inclinaciones, sus virtudes y sus vicios” (Caldas 1966, 105). Para el caso concreto de los animales —insectos incluidos—, el régimen altitudinal les confería no sólo rasgos morfológicos y funcionales particulares, sino determinadas improntas en su condición ontológica. Para fijarlas, Caldas dividió la fauna local —en términos dicotómicos y mutuamente excluyentes— entre la porción ubicada en las alturas andinas y la residente en otros segmentos altitudinales, con especial énfasis en las “tierras bajas y calientes” del virreinato.

Los insectos no podían faltar como uno de los patrones de medición primordiales y concluyó: “¡Qué diferentes son los moradores de las selvas del Orinoco y del Chocó, comparados con los que habitan las faldas, y los de la cima de nuestra cordillera! El cocodrilo, los lagartos, la tortuga, el tigre, las serpientes, el mosquito y mil otros insectos diferentes viven, se complacen y multiplican en las orillas del Océano y en las soledades ardientes” (105).

De forma contraria, la fauna, o, al menos, la mayor parte de la existente en el orbe andino, estaba destinada a llenar al ser humano de “presentes preciosos y de todas las comodidades de la vida” (104). Es más, al elucubrar una Nueva Granada sin la cordillera de los Andes, Caldas retrató el cuadro de horror que sobrevendría. Toda la colonia se igualaría y reduciría a “una llanura melancólica y eterna, un calor sofocante en todos los puntos, unas aguas estancadas y corrompidas, una

<sup>6</sup> Sobre esta noción de los insectos, Gerbi indica que “la enfermiza fecundidad de las formas inferiores asegura su supervivencia, mientras que las especies superiores, los animales corpulentos, hermosos y robustos, saben defenderse con su noble valor, con su fuerza serena [...] América húmeda, madre prolífica de diminutos y malvados animalejos [...] debía presentar a los ojos de Buffon todos los estigmas de una repugnante debilidad orgánica” (1982, 15-16).

vegetación moribunda, la multiplicación de los reptiles, de los insectos, la muerte y extinción de muchas especies, serían las consecuencias” (111).

Respecto a la fauna “calentana”, representada simbólicamente como “tenebrosa”, a los insectos les correspondió el papel de ser uno de los mayores azotes de los estamentos blancos y mestizos de “lustre” que se atrevieran a llegar a aquellas “geografías salvajes”.<sup>7</sup> Esos “avichuchos” eran asesinos silenciosos que a partir de su innata “maldad” y “degradación” anunciaban, tal como lo expresaría Caldas en otro escrito, que esas “regiones no son las más ventajosas para el aumento de la especie humana” (Caldas 1966, 186). Y no podía ser de otra manera, pues se trataba de un espacio indomeñable y peligroso, tenido como “la patria del mosquito insoportable y de esos ejércitos numerosos de insectos, entre los cuales unos son molestos, otros inocentes, estos brillantes, aquellos temibles” (186-187).

Algunos autores del periodo los llegaron a tomar inclusive como *sui generis* mensajeros del demonio, que eran empleados por su maligno maestro para que los hombres de “provecho” huyeran despavoridos de aquellos parajes “desgraciados”. Entre otros, el jesuita Felipe Salvador Gilij —quien sin ser ilustrado, retomó algunos de esos planeamientos y también contribuyó a sustentar varias apreciaciones zoológicas— suscribió aquella opinión generalizada. Cuando en las llanuras de la cuenca del Orinoco no pudo controlar con medios naturales (brea, humo del tabaco o vinagre) la “maldad” de las hormigas —llamadas por los indígenas tamanacos o *cremáru*— y, a sabiendas de que “no parece que se deban usar exorcismos sino en casos de extraordinario mal”, se valió de esa estrategia cultural de prevención: “habiéndose convertido casi toda mi casa en hormigas, pensé no ser temeridad ni prohibido por las costumbres eclesiásticas, servirme de tal medio. De él se siguió en efecto si no una liberación total, al menos un alivio bastante grande, pues se fueron o murieron muchas de las molestas hormigas (Gilij 1965, 235).<sup>8</sup>

Para agregarle más matices a esta discusión determinista, otras voces de autoridad discutieron los efectos físicos que los insectos tenían entre la población de los “países ardientes” y entre los migrantes foráneos. El mismo Humboldt intervino en el debate y sus reflexiones partieron de la comprobación de que todos “cuantos viven en el territorio [cálido] —nativos, blancos, mulatos, negros

<sup>7</sup> Sobre la construcción de sustratos simbólicos a partir de la naturaleza, Bartra añade que ésta “no era simplemente la suma de los minerales, vegetales y animales: era un espacio inventado por la cultura para establecer una red de significados supuestamente externos a la sociedad, con el fin de reflexionar sobre el sentido de la historia y de la vida de los hombres en la tierra. Paradójicamente, era un espacio simbólico y artificial que permitía elaborar modelos de comportamiento a partir de las peculiaridades de un orden natural que —al mismo tiempo— atraía, aterraba y alentaba a los humanos” (2011, 102).

<sup>8</sup> Gilij y otros misioneros jesuitas fueron formados en el andamiaje de la semejanza/disparidad o de empatía/antipatía de formas y funciones propuesto desde el medioevo, pero también los influyeron algunas fuentes ilustradas que cimentaron sus “historias naturales” sobre los animales y hombres de las fronteras. Véase Acosta (1998).

e indios— sufren de la picadura de los insectos. La gente se pasa la vida quejándose” (Humboldt 2005, 289). Con ello desacreditaba la idea que se tenía en algunos cenáculos académicos europeos de que el “vulgo” de América era inmune a la presencia de aquellas criaturas.

Sin embargo, la influencia “donde hay un número excesivo de insectos” no era igual en todos los humanos y variaba tanto por el animal con el que se tenían molestos encuentros como por el segmento social al que atacaban. Para citar un caso, pensó que las “niguas” o “pulgas de arena” (*Tunga penetrans*)<sup>10</sup> se introducían con mucha mayor asiduidad en el cuerpo de los europeos que en el de los locales, incluyendo a los “blancos nacidos en la zona tropical”. De acuerdo con su criterio, los nativos podían “circular impunemente descalzos”, sin mayores alteraciones, y de ello se podía colegir que “la nigua distingue —lo que no ha conseguido hacer el análisis químico más minucioso— los tejidos celulares y la sangre del europeo de los de un criollo blanco” (290).

No ocurría lo mismo con los “mosquitos”. Ellos atormentaban por igual a todos los grupos sociales, pero sus efectos eran disímiles. En todos, el prurito de las picaduras era severo y se aumentaba con el hecho de rascarse las heridas, pero, como lo experimentó mediante sus observaciones fisiológicas en su propio organismo y en el del botánico francés que lo acompañaba, Aimé Bonpland, ciertas conductas sociales aumentaban la predisposición de los europeos a sufrir otras repercusiones no deseadas. Una de ellas consistía en tener que bañarse varias veces para disminuir el escozor que, si bien aliviaba las antiguas picaduras, “nos hacía más sensibles a las nuevas. Si uno se baña más de dos veces al día, la piel adquiere un estado de excitabilidad nerviosa de la que no cabe formarse una idea en Europa” (291).

Pero los factores climáticos también reforzaban los efectos negativos de los insectos en la salud humana. Al nacer en estas condiciones tropicales, potenciaban los males provenientes de los vapores mefíticos que exhalaban sus selvas y que transportaban los vientos. Al reflexionar sobre ese factor de transmisión de enfermedades, Humboldt indicó —a caballo entre la teoría miasmática en boga y algunos símbolos añadidos de la tradición cultural judeocristiana— que con sus mordeduras o picaduras los insectos contribuían a ingresar con mayor facilidad varios padecimientos:<sup>11</sup>

<sup>9</sup> Los nombres vulgares de la época consignados en español son extraídos de los textos consultados y se consignan entrecomillados en la primera citación. Los apelativos indígenas se han destacado con cursiva.

<sup>10</sup> Agradezco al biólogo Andrés Rodrigo Gallego por su ayuda en la identificación taxonómica de las especies reseñadas.

<sup>11</sup> Esta teoría consideraba que la etiología de gran parte de las enfermedades residía en la transmisión de malos aires y en el desequilibrio humoral que producía el contacto con las emanaciones provenientes de pantanos y de las tierras húmedas y calientes. Este paradigma tuvo vigencia hasta mediados del siglo XIX y, respecto a los insectos, el concepto de la transmisión vectorial de agentes patógenos microscópicos tan sólo se dio durante los últimos veinte años de esta centuria.



en todos los lugares en que el aire es muy insano, la picadura de los mosquitos aumenta la predisposición de los órganos a recibir los miasmas. Cuando lleva uno varios meses sometido, día y noche, al tormento de los insectos, la constante irritación de la piel provoca una excitación febril y, por efecto del antagonismo [...] entre el sistema gástrico y el dérmico, debilita las funciones del estómago. Se empieza digiriendo con dificultad, la inflamación cutánea produce intensos sudores, no hay forma de calmar la sed y [...] tras una creciente inquietud sigue una depresión psíquica que es campo abonado para todos los gérmenes patógenos (Humboldt 2005, 292-293).

#### LOS ENEMIGOS DEL ILUSTRADO Y DE LA CIVILIZACIÓN

Tras este acervo de significaciones sobre lo nociva que resultaba la presencia de los insectos que pululaban por los lugares “abrasadores” del virreinato neogranadino, se pasó de inmediato a enumerar varios de los “atentados” que estas “sabandijas ponzoñosas” ocasionaban entre los protagonistas de los proyectos de penetración exógena que intentaban sembrar en estas tierras un nuevo frente de la “civilización” occidental. Fue así como los mosquitos y los “zancudos” fueron tomados casi unánimemente como el epítome de los “obstáculos” que la naturaleza americana oponía a los agentes del “progreso” de aquellas áreas remotas.

En opinión de Humboldt, estas huestes “nefastas” atacaban las veinticuatro horas de cada jornada. Además, señaló las que acosaban al visitante en diversos momentos del día en varios parajes de la Orinoquia. Así, el sueño de la noche era interrumpido por miríadas de “maringuines” o zancudos “de largas patas” (entre otros muchos, dípteros hematófagos de los géneros *Culex* y *Anopheles*). Y, como si no fuera ya suficiente el sufrimiento, de seis y media de la mañana hasta las cinco de la tarde tomaban su “guardia” un hervidero de otros culícidos diurnos, asistidos incluso por unos pequeños “aliados” de la familia Simuliidae —llamados popularmente en la época “rodadores” o “mosquitas negras”— que dejaban en la lesión “un puntito rojo pardusco, debido a que en el lugar donde la trompa ha perforado la piel, ha salido sangre y se ha coagulado” (Humboldt 2005, 289).

Al retirarse, y no por más de un cuarto de hora de tranquilidad para las personas que “venían del otro lado del océano”, llegaban una hora antes de la puesta del sol y por un corto periodo más, otras diminutas criaturas denominadas genéricamente por los españoles “tempraneras”. Entre ellas figuraban los “jejenes” y las llamadas en aquel entonces “mantas blancas” o “quemadores” (ambos son de la subfamilia Phlebotominae) en los litorales Atlántico y Pacífico.

Antonio de Ulloa —quien, conjuntamente con su compañero de viaje científico, Jorge Juan, padeció las picaduras durante sus investigaciones por el Caribe noroccidental (gubernaciones de Darién, Panamá y Cartagena)—, en la tercera década del siglo XVIII, detalló los efectos de los insectos y expresó que los jejenes tenían forma de “palomita, no mayores que un grano de mostaza, algo cenicientos” (2002, 235) y eran de una hechura distinta a la de los zancudos y mosquitos.

Los zancudos, aún más diminutos, apenas se distinguían en el aire por el trazo en vuelo que dejaba su coloración blanquecina,<sup>12</sup> pero se sabía de su presencia cuando “se siente el escozor ardiente que dejan con la picada” (Ulloa 2002, 106). Pero los más osados entre los estratos altos de la sociedad colonial también debían entablar aciagos embates en aquellas lejanas fronteras con otra serie numerosa de “temibles” sabandijas y, entre las menciones más recurrentes, figuraron las ya citadas niguas. Gilij las vio parecidas a una pulga diminuta que penetraba primordialmente por los pies, aunque tampoco “perdonan a los mismos dedos de las manos” y otros lugares del cuerpo.

Una vez “entrada entre la carne”, comenzaba a horadarla con cada vez mayor profundidad dejando a su paso sus huevecillos que al eclosionar convertían a los miembros inferiores en “verdaderas madrigueras de gusanos” (Gilij 1965, 241). Si cada ejemplar no se sacaba íntegramente con alguna aguja o espina —valiéndose de los servicios de hábiles “indiecillos” expertos en extraerlos uno a uno— “la parte de la piel se queda adentro, se hincha después, y encona sumamente la llaga. Es necesario, si se quiere curar, dejarse atormentar bienamente hasta que todo, huevos y piel, haya salido” (241).

Algo similar le sucedió en su espalda a un amigo anónimo de este misionero jesuita durante una travesía por el valle del río Magdalena hacia Santafé de Bogotá: otro insecto, “amigo de la carne humana” que la perforaba, se alojaba en la piel y causaba dolorosos y mal olientes apostemas, era un “gusano” (larva) dejado por cierto moscón que los españoles conocían como “peludo” o de “vellón”. “Crece dentro [...] y de ella se alimenta noche y día” (241). A esta miasis ocasionada por los “nuches”, como los denominaba el “vulgo”, se añadían las “garrapatas” —ácaros Ixodoideos incluidos por entonces y hasta bien entrado el siglo XIX entre la clase Insecta—, que como enjambres caían de los árboles sobre los desprevenidos transeúntes produciendo “un dolor que puede fácilmente imaginarse” (241).

Asimismo, otras “alimañas” que afectaban el transcurrir cotidiano de los forasteros, en algunos sitios ubicados a poca altura sobre el nivel del mar, fueron los llamados popularmente “tábanos” (dípteros de la familia Tabanidae), las “pulgas” (insectos siphonápteros, sin alas), los “piojos” (insectos ftirápteros, igualmente ápteros o sin alas), y el ácaro denominado desde el siglo XVIII “piojito de sabana”, “coloradilla”, “ladilla” o “mismís” (familia Trombiculidae). Este último se alimenta de células cutáneas y, fuera del escozor inmediato que causa su accionar, se aloja en los pliegues de la piel prolongando el malestar por varios días más.

Andrés de Ariza, gobernador del Darién, en un texto de 1774 recuerda la molesta injerencia del insecto al llegar al sitio de Yaviza: allí se experimentaba una notable incomodidad con estas coloradillas pues “son muy perjudiciales e

<sup>12</sup> Esta subfamilia incluye, entre otros, al género *Lutzomyia*. Son vectores de enfermedades como la leishmaniasis.

imperceptibles en cuya comparación los átomos son grandes cuanto a su magnitud y pocos respecto [a] su número” (2004, 67). Y si en sus recorridos los desprevenidos trotamundos europeos o los “espíritus cultos” criollos provenientes de las alturas andinas se topaban con enjambres en vuelo de otros varios insectos, pisaban accidentalmente o intentaban destruir a propósito sus nidos y colonias, la experiencia les podía resultar todavía más traumática.

Para citar un caso alusivo, cuando por cualquier motivo alguien osaba alterar la cotidianidad de los hormigueros de las “arrieras” (himenópteros de la subfamilia Myrmicinae), ellas trepaban por el cuerpo del agresor en un santiamén,

lo pellizcan, le muerden y dan tajos sangrientos. El pobre [viajero] pateo, se sacude y maniobra tanto con la derecha como con la izquierda [...] el acaloramiento y copioso sudor declaran la terrible fatiga que ha pasado. Si cobra valor para repetir el ataque, le reciben con más denuedo enjambres de refresco que se le aferran con tanta tenacidad, que es preciso zafar camisa para restregarlas, o arrancar una por una las puntas que le clavan (Mutis 1983, 244).

Acontecía lo mismo con varias especies de avispas (himenópteros pero de la superfamilia Vespoidea) que eran, no obstante, de esencia más “justa y prudente” que las hormigas.<sup>13</sup> La mayoría no buscaba específicamente al ser humano para hostigarlo, pero, como lo presencié José Celestino Mutis en las riberas del Magdalena medio, “ay de aquel que alargue la mano al avispero, o que con piedras o palos le procure maltratar” (1983, 249). Es más, como castigo justiciero contra el que “abusa de los irracionales por gusto y capricho, tiene que huir”, ya que las más “bravas” elegían distintas partes del cuerpo para propinarle certeros aguijonazos.

Así, la denominada vulgarmente “patiamarilla”, “se tira a los párpados” y la “vaquera” “púa por encima de la ropa” (249). Una de las medianas, conocida como “matapijos”, volaba directamente al cabello y allí “ahondan hasta dar con el cutis, que llenan de granos y ronchas” (250). Así, el agresor “a las lecciones de escarmiento [que le daban con sus picaduras las avispas, bien] pudiera juntar las de equidad, justicia y patriotismo” (249).

Y este panorama de peligro que reseñaron los representantes de las élites se tornaba aún más dramático cuando las estrategias de defensa contra los insectos, pensadas desde Europa o que eran efectivas en los “países fríos” de las cordilleras, prestaban aquí muy poca utilidad. Los mosquiteros de tul traídos desde la península Ibérica pocas veces se podían utilizar, pues, como lo comprobó Antonio de Ulloa “no embarazan la entrada de los más pequeños por entre sus hilos a menos de que sean de una tela tan tupida que no la pueden ellos penetrar y, siendo así, se aumenta mucho más la sofocación porque falta la correspondencia del ambiente” (Ulloa 2002, 106).

<sup>13</sup> Sobre el interés por las hormigas en la expedición botánica neogranadina se puede consultar la obra de Wilson y Gómez (2010).

También se desecharon muy pronto los guantes, ya que eran algo, “superfluo en clima tan caliente” y lo propio se verificó con la máscara protectora que se recomendaba en los manuales europeos para exploradores académicos tildándola de ‘inútil’ y ‘carnavalesca defensa’ ” (Mutis, 1983, 243). Pero los insectos de las tierras bajas no sólo resultaban nocivos para la salud física y emocional de los adalides de la “justa causa de la civilización”, sino que atentaban además de forma directa contra las bases mismas del proyecto de sociedad que querían fundar en territorios distantes.

#### LOS INSECTOS CONTRA LA CULTURA

Como lo explicaría Humboldt en 1814 tras sus viajes por las planicies del Caribe, del istmo panameño y de la cuenca del Orinoco, a cada paso que se diera para el “adelantamiento” de estos y otros lugares cálidos del continente americano, los insectos oponían “obstáculos muy difíciles de superar al desenvolvimiento de la cultura” (Humboldt 2005, 293). Y es que comenzaban destruyendo con “enconado rencor” la base material del propio sistema colonial, tanto así que los “comejenos” y las “termitas”<sup>14</sup> destruían de manera rápida las nuevas edificaciones e iglesias que se estaban poniendo en pie —con las técnicas constructivas y las de procesamiento e inmunización de maderas de origen europeo— para congregarse en ellas a las poblaciones “sueltas y volantes” de los nuevos espacios que se deseaban integrar al universo virreinal.

Ni siquiera los cimientos de las nuevas residencias estaban seguros, ya que con frecuencia eran socavados por los “bachacos”<sup>15</sup> y otras especies de hormigas en busca de los alimentos que se almacenaban en las cocinas y despensas. Como lo vio el padre Gilij, “excavada de este modo una casa, y vaciada así por debajo del piso, no raras veces acaece que al venir después las grandes lluvias y ablandado el terreno, la casa, los amos y las cosas quedan sumergidos en la fosa hecha por los bachacos” (Gilij 1965, 232).

Para resumir los peligros desatados por las hormigas en contra de los poblados “a la española”, Mutis menciona, además, que “las calles, las plazas, las iglesias no están seguras” por el accionar de aquellas molestas sabandijas (1983, 243). La consecuencia previsible, según el mismo médico gaditano, no podía ser distinta: “este insecto tan a menudo y despreciado por el hombre, que juzga indigno atacarle con propósito y designio, va ganando mucha tierra y desalojando a los colonos de grandes pedazos de campo, que se reducen a eriazos sin crías y sin labor” (243). Mas lo peor de todo era que, pese a los esfuerzos por erradicarlas de las casas, “hay hormigueros que contendrán millones y los unos no distan mucho de los otros” (243).

<sup>14</sup> Insectos pertenecientes al orden Isóptera que penetran en la madera. Existen varias familias como la Termitidae, Termopsidae y Kalotermitidae.

<sup>15</sup> Formícidos del género *Atta* como las *A. laevigata*, que en Colombia se les conoce popularmente como “culonas”.

Sin embargo, los referentes simbólicos elaborados durante el siglo XVIII sobre la entomofauna luego de observaciones atentas de sus pautas de alimentación y de sus ciclos de vida, pero que la tomaban a la par como opositora a la actividad civilizatoria del “hombre culto”, también se reforzaban cuando las élites contemplaron que de manera “pérfida” muchos de ellos se dedicaban a roer y a deglutir con avidez los enseres y los costosos ropajes de aquellos que disponían de los medios para importarlos o bien desde España o bien desde Quito, Popayán o Lima para llevarlos hacia los terrenos cálidos del virreinato neogranadino.

“Cucarachas” (orden Blattodea) y “polillas” (lepidópteros de hábitos nocturnos) se “entretenían” en esa actividad y, como lo sentenció Antonio Ulloa en las llanuras del Caribe, estos y otros pequeños invasores dañaban

los muebles de las casas y, generalmente, todas las mercaderías de tejidos y telas preciosas de lino, seda, oro y plata [...] [traspasándolas] con tanta sutileza, que, al querer manejar las telas, quedan en las manos desechas y reducidas a retazos cortos y al polvo que las vuelve. Por esto es necesario [...] preservar de enemigo tan destructor las ropas que se desembarcan y las que se tienen almacenadas o en las tiendas para el regular consumo (Ulloa 2002, 109-110).

Es más, los insectos eran tan opuestos al arribo de la “luz de la razón” que literalmente devoraban los mejores frutos de la civilización eurocéntrica: los textos escritos impresos o los documentos manuscritos. Este tópico fue especialmente sensible para los ilustrados y de él se lamentó, entre otros tantos, Humboldt, desde su arribo a los trópicos americanos a mediados de 1799. Contempló con desazón el que los comejenes (insectos isópteros) desaparecieran libros, cartas y legajos administrativos, toda vez que “devoran con rapidez asombrosa el papel, el cartón y el pergamino, y, así, destruyen archivos y bibliotecas. En provincias enteras de Hispanoamérica no hay un solo documento escrito que cuente cien años” (2005, 293).

En otro frente de destrucción de las producciones culturales de la Ilustración, se censuró con calificativos despectivos el que los insectos atacaran con denuedo la actividad agrícola monoprodutora colonial (a diferencia de la multivariada y, por lo mismo, con más factores de control fitoquímico natural del periodo prehispánico) (Broda 2012; Coe 2004; Pinkus, 2010). De acuerdo con los postulados de la fisiocracia, que varios ilustrados seguían, la agricultura extensiva fue considerada no sólo como la primera fuerza generadora de riqueza, sino como eje civilizador, pues promovía la sedentarización de grupos humanos dispersos, de modo que podían dedicarse a un “oficio útil”.

Por este motivo, no pocos reformadores borbónicos contemplaron horrorizados que ocultos bajo la tierra, debajo de las aguas, o en la espesura de la selva, los ejércitos de “langostas” y “chapules” (saltamontes y demás ortópteros), escarabajos y “gorgojos” (coleópteros), gusanos (orugas de mariposa) y demás “asesinos”

esperaban con ansia a que las parcelas sembradas de trigo, plátano, maíz, quina o tabaco, y a que las huertas de frutas, legumbres y verduras estuvieran a punto de dar sus beneficios para destruirlas en pocas jornadas.<sup>16</sup>

De allí que estos insectos se “reparten entre sí el despojo de los campos” y, a tal punto llegaba la devastación en los nuevos espacios de asentamiento que se iban ganando a los bosques silvestres, que ya no se sabía qué insecto “descogolla y desgaja, quien escarba la raíces y las devora; otro repela y deseca, aquel se apodera de las mieses y mazorcas, [y] no falta quien escarbe el grano cuando va retoñando, ni quien despedace el fruto cuando está en versa” (Mutis 1983, 253).

De igual manera, aquellos animales “despreciables” atacaban con severidad la fauna de compañía y la de cría y levante que introducían los foráneos con el fin de garantizar su supervivencia cotidiana o de dinamizar mercados económicos regionales mediante el expendio de cueros o mediante el comercio de carne, leche o huevos. Los informes respectivos dan cuenta de varias quejas contra las pestes de piojos y “pitos” (redúvidos hematófagos de la familia Triatominae) que diezmaban las gallinas y patos de corral; así como contra las distintas especies de nuches o “gusanos de las moscas”<sup>17</sup> —ya citados—, que asolaban los hatos introducidos en los valles y sabanas.

La asiduidad del daño llegaba a afectar la calidad de sus derivados, su textura física, su capacidad reproductiva e incluso se estropeaban de forma irreparable los cueros porque el insecto se adentraba en el “pellejo”, horadándolo y dejando “aquellas disformes bolsas que hacen horribles y asquerosos a estos animales” (Mutis 1983, 390). En otro ámbito, los insectos también atentaban contra los proyectos de expansión comercial y de salvaguarda de fronteras marítimas y fluviales que procuraba el reformismo borbónico, pues los planes virreinales de creación de una nueva flota mercante y de cabotaje podrían quedar literalmente reducidos a polvo por la acción destructora de aquellos “miserables animalillos”.

En el astillero de Guayaquil, uno de los centros nodales de esta política, el tema se tomó con mucha preocupación y, cuando Francisco Requena inventarió las distintas especies maderables propias del lugar para arboladuras, quillas, puentes y cascos, se dio cuenta de que “es abundantísima esta provincia no sólo de

<sup>16</sup> Sobre el temor a los espacios no domesticados y a las criaturas silvestres que los rondaban, insectos incluidos, Edgardo Pérez anota que “hay que tener en cuenta la experiencia de la cristianidad en tanto que su expansión europea se enfrentó a bosques habitados por tradiciones paganas, a espacios poblados por demonios, hadas, elfos, duendes, árboles vivos y al acecho, entre otros ‘horrores no exorcizados’ [...] [En la América del siglo XVIII] es posible que pervivieran con más fuerza los relatos de los cronistas [de Indias], no obstante que algunos parajes aún se consideraban habitados por seres malignos de la imaginación europea y colonial” (2011, 49). Sobre la representación de la naturaleza no dominada por el hombre en el medioevo véase Bartra (2011) y Le Goff (2002); y sobre sus raíces en la antigüedad grecolatina, véase Yevzlin (1999).

<sup>17</sup> Larvas barrenadoras de dípteros que, como la de *Oestrus ovis*, penetra por la nariz, o las *Dermatobia hominis*, *Cochliomyia hominivorax* y *Cochliomyia macellaria* que afectan, según la especie, el ganado vacuno, el equino, el bovino, el ovino, el caprino, a perros y gatos y hasta al ser humano.

buenas maderas, sino igualmente de ríos para facilitar su transporte” (1984, 98). No obstante, los insectos perjudiciales atentaban contra el éxito de la iniciativa naval y, por lo mismo, en su relación de 1774 mencionó que “en cualquiera parte serían apreciables las maderas aquí más comunes, tales como el roble, cedro, amarillo y otras, pero las de más consistencia [y] que resisten al tiempo y a la corrupción” debían afrontar “cinco principales enemigos”: “los abejones, la broma,<sup>18</sup> el comején, la polilla y la carcoma” (99).<sup>19</sup>

Además de lo anterior, los efectos causados por los insectos sirvieron a las élites para reafirmar su pretendida condición de superioridad sobre los escaños sociales ubicados por debajo de su posición social. De allí que sus expresiones culturales referentes a la entomofauna fueron tildadas de “costumbres bárbaras” que se debían erradicar cuanto antes. Por ejemplo, varias etnias indígenas del Pacífico o de la Amazonia y la Orinoquía hacían que las hormigas más tóxicas mordieran a los varones jóvenes como ritual de tránsito hacia la adultez.

Algunas hormigas, como la que los indígenas tamanacos de las llanuras orientales denominaban *irake*, producía fiebre y dolores intensos. Los muchachos eran sometidos a su “furia” para reafirmar su valentía mediante la resistencia al dolor físico y para demostrar que podían asumir labores de dirigencia. Desde el siglo XVI, los misioneros lucharon contra esta práctica que reforzaba el tejido comunitario y consolidaba los liderazgos internos. Al respecto, Gilij dijo: “cuando eran gentiles aún [...] se servían de estas hormigas para experimentar el valor de los jovencitos, aplicándoselas a las carnes. Quien de ellos sufría con paciencia las mordeduras y mostraba menor señal de dolor, por sentencia del bárbaro reyezuelo era reputado el más valeroso” (1965, 234).<sup>20</sup>

La dieta alimenticia de los locales, que se basaba en el consumo de insectos como una de las principales fuentes de adquisición de proteínas, también se consideró contraria a la razón y a las “buenas costumbres”.<sup>21</sup> No se dudó en señalar esta pauta cultural como una “usanza barbárica”, la cual demostraba de forma fehaciente lo alejadas que estaban las colectividades que consumían insectos de las normas que dictaban la “decencia humana” y las reglas del “buen gusto”.

<sup>18</sup> Pequeños moluscos de la familia Teredinidae.

<sup>19</sup> Carcoma: larvas de diversas especies de coleópteros.

<sup>20</sup> Esta práctica cultural sigue vigente en varias etnias. Entre las especies de hormigas que se colocan sobre el cuerpo o en guantes donde se introducen las manos, se encuentra la llamada conga, yanabé o bala (*Paraponera clavata*), cuya mordedura se tiene como una de las más dolorosas del reino animal.

<sup>21</sup> En su estudio sobre la alimentación en la Nueva Granada en los siglos XVI y XVII, Gregorio Saldarriaga anota: “como era imposible separar a los indios de su alimentación, se creaba un conjunto simbiótico en el cual la mirada negativa recaía sobre ambos; solo en la medida en que [...] dejaran de comer ‘porquerías, perderían sus características bárbaras y animalescas’ [...] Parte fundamental de los alimentos ‘salvajes’ para los españoles era el consumo de insectos” (2011, 122). Para consultar comidas similares en los mexicas, los incas y otros grupos véase Coe (2004) y Pinkus (2010).

Había que suprimir esa práctica cuanto antes y, entre otros, Felipe Salvador Gilij se comprometió a ejecutar esta tarea de aculturación en las misiones religiosas orinoquenses que regentaba.

En su diario de actividades manifestó su deseo de brindar alternativas nutricionales, más aún cuando, en un arrebato de curiosidad, se atrevió a probar algunas recetas nativas, las cuales desechó rápidamente, ya que “me di cuenta de que era un alimento para bárbaros, y demasiado repugnante a la naturaleza de un europeo” (1965, 233). Para citar dos casos que utilizó como sustento de su apreciación, le pareció “irracional” que se ingirieran hormigas asadas sobre piedras o “platos de cerámica” (budares), y despreció al consabido gusano de aceite o “mujujuy”, “que al cabo de pocos días se transforma en una especie de escarabajo”, a pesar de que constató que era “la delicia de muchos”. Se le dijo, además, que era “agradable al paladar, del sabor de la manteca, y le conceden infinitas alabanzas al modo bárbaro” (237).

Sin embargo, y dando un paradójico giro en su esquema de representación simbólica, los integrantes de la cúpula social colonial tuvieron que realizar ciertas modificaciones mentales y consultar —al menos de forma privada— los saberes del “vulgo” —que tanto descalificaban— para aprender a manejar la presencia de los insectos en el devenir diario. Dejaron sólo algunas pocas referencias escritas de estos “préstamos” culturales y, citando unas notas alusivas, al indagar con urgencia sobre los conocimientos nativos para aminorar los efectos de los accidentes por mordeduras o picaduras, el padre Gilij oyó, por intermedio de Luis Uáite, indígena tamanaco, que la ingesta de “carne seca y salada” mitigaba el intenso dolor que generaba el ataque de las temidas hormigas *irake* (234).

Comprobó la efectividad de este aserto y, colocándose como el agente de validación intelectual autorizado, recomendó esta práctica curativa a sus pares de escaño. Para contrarrestar la ponzoña o veneno de otros “insectos” como los “alacranes” o “escorpiones” (arácnidos del orden Scorpiones en la taxonomía actual), el sacerdote aplicó para sí el sencillo consejo que le sugirieron los indígenas: tomar “un poco de agua, y cesó inmediatamente el dolor. Tan pronto y eficaz es el remedio” (237). Gracias a los aborígenes se enteró de que el humo del tabaco o untar una hoja de esta rubiácea sobre las lesiones cutáneas mataba las garrapatas que atormentaban a propios, pero sobre todo a los extraños.

Dos fórmulas locales también mostraron efectividad para erradicar las molestas niguas. Una consistía en untar una pieza de tela con la pegajosa resina o goma del árbol del caraño (posiblemente *Bursera simaruba*) y aplicarla sobre la zona afectada, pues al retirarla de la piel, varias larvas y huevos salían adheridos a ella. La segunda consistió en la elaboración del “jabón orinoqués”<sup>22</sup> que “atonta a la niguas, y en breve tiempo las mata” (240). A Antonio de Ulloa, los “negros” y los “mestizos

<sup>22</sup> Se fabricaba con las cenizas del árbol *pattimú* o “cabeza de negro” (*Annona purpurea*), mezcladas tradicionalmente con grasa de mamíferos silvestres. Para el siglo XVIII se hacía con sebo de vaca.



rústicos” de Cartagena le refirieron que para evitar cualquier infección que dejaban las liendres de este insecto en las cavidades, una vez que se removían, era menester ponerles “ceniza de tabaco caliente o el mismo mascado o en polvo” (2002, 108).

Los indios otomaques del caño Casiquiare (Amazonia-Orinoquia) le mostraron a Bonpland y a Humboldt una versión más efectiva de mosquitero para controlar los ataques de los zancudos. Se tejía con fibras de la “palma murichi” o “moriche” (*Mauritia flexuosa*) y consistía en un pequeño recinto, “sin puertas ni ventanas”, donde se penetraba boca abajo por una abertura muy baja. “Por medio de un fuego de leña verde, que produce mucho humo, se expulsan los insectos y luego se obtura la abertura del horno” (Humboldt 2005, 291).<sup>23</sup>

Para aliviar las picaduras y el escozor de los distintos insectos, otras etnias indígenas del virreinato, como los chochoes del litoral del Pacífico, acostumbraban untar en sus cuerpos tinturas vegetales repelentes —por ejemplo, la extraída del fruto del onoto o achiote (*Bixa Orellana*) o de la jagua (*Genipa americana*)— o grasa de tortuga. De forma similar, los representantes del orden colonial también precisaban de la “sabiduría de la plebe” para eliminar con éxito las plagas de sus residencias y cultivos.

En cuanto a las estrategias para evitar la invasión de hormigas en las parcelas productivas, en noviembre de 1777, Mutis consultó a informantes “campesinos” de las riberas del río Magdalena y obtuvo varias alternativas de manejo. Entre ellas figuraban técnicas de lo que hoy se denomina aleopatías, es decir, las comunidades locales se valían de la siembra conjunta de distintas plantas (árboles, hortalizas, aromáticas, tubérculos, etcétera) para contrarrestar plagas y enfermedades. Para impedir la propagación de hormigas “arrieras” se sembraron yucas, “pues prefiriendo [...] esta planta al maíz, se entretienen en [pelarlas]” (Mutis 1983, 198).

Para erradicarlas de forma más duradera, se le informó que el remedio más eficaz era “echar alguna porción del caldo de la olla en el hormiguero” (198). La cal o el vinagre, cuando no el humo y el fuego de brazas ardientes, también se ponía en las “bocas” o entradas de los hormigueros y de los termiteros. En los ámbitos de tierras bajas —desde el Pacífico a la Amazonia—, con el fin de preservar los cultivos de hortalizas y verduras de la humedad y de los insectos rastreros, de los “volátiles” o de sus larvas, se los ubicaba sobre “barbacoas” o andamios de madera.

Entre otros científicos, Humboldt observó esta estratagema entre negros e indígenas y, autonombrándose como autoridad legitimadora de saberes ajenos, afirmó sin rubor y como si fuera un descubrimiento propio que, si un misionero u otro blanco “quiere plantar ensalada o cualquier otra hortaliza europea, tiene que ‘suspender su huerto en el aire’, por así decirlo. Al efecto, llena de buena tierra vegetal una vieja canoa y la cuelga a 1.3 metros por encima del suelo, con cuerdas de chiquichi [...] o la coloca sobre un ligero andamio” (2005, 346).

<sup>23</sup> A pesar de su efectividad, se debía dejar dispersar el calor para utilizarlo como dormitorio. Antes de hacerlo, el botánico francés también lo usaba para secar “centenares de plantas” que coleccionaba en sus excursiones.

Para preservar “del enemigo tan destruidor de ropas” y de otros objetos de lencería, en varios puntos de la costa Caribe o de los valles interandinos, también se utilizaba otra variante del mismo armazón. Al igual que realizaban los estamentos inferiores “con sus burdos ropajes”, la lencería y ropa “fina” comenzó a ubicarse, entonces, sobre unos “bancos de madera” a la altura de media vara y “a los pies se les da con alquitrán, que es el único preservativo que se ha encontrado contra el comején” (Ulloa 2002, 210). El mismo material, de preferencia extraído y preparado de los pozos de “chapapote” locales, servía para carenar los barcos y alejar a los insectos de las maderas con las que se construían (Requena 1984, 98).

Mas para el discurso elaborado sobre los insectos, estos saberes locales no importaban (así se utilizaran de forma soterrada), pues minarían algunas de sus bases al presentar las sencillas y efectivas alternativas de control de plagas como algo posible y de fácil manejo. Estos pequeños animales, tan “salvajes” como los grupos humanos que compartían su existencia con ellos, se debían erradicar cuanto antes, eso sí, bajo los estándares europeos. Más aún, la representación discursiva sobre los insectos también llegó a la conclusión de que, pese a todos los peligros y sinsabores que ellos deparaban, los miembros de la cúpula del sistema colonial deberían arribar a los “desiertos verdes” donde vivían, pues estaban llenos de tesoros invaluableles.

Entre esas riquezas, paradójicamente figuraban unos pocos insectos, catalogados como “útiles”, “mansos”, “alegres” y “benefactores”. Así, en los sitios cálidos se podrían “cultivar” varios insectos como materias primas de insumos fabriles y, por citar un caso revelador, estaba la “cochinilla” o “grana” (*Dactylopius* sp.). Es un hemíptero que crece entre los nopales o “tunas” y del cual se extraía un tinte carmín intenso con el que desde tiempos precolombinos se teñían los mejores textiles y ropajes. En palabras de Caldas, el insecto era “una de aquellas producciones privilegiadas que igualmente prospera en los valles más ardientes y en las cimas heladas de nuestra inmensa cordillera” (Caldas 1966, 267) y, dada su gran versatilidad para habitar distintos pisos térmicos, se podría explotar en grandes volúmenes para dirigir su producción hacia el mercado metropolitano en vista de que “el gusto de la Europa, el lujo y los artistas no pueden, en el estado presente, pasar ya sin esta materia colorante. Su valor es proporcional a su belleza” (269).

Como ocurría en la Nueva España, la cochinilla podía generar unos tres millones y medio de pesos anuales, aunque, por la ausencia de “manos laboriosas”, no se conseguía ese monto en la Nueva Granada, a sabiendas de que el rendimiento de aquel “insecto, el más precioso de todos”, superaría por sí solo los ingresos que proporcionaban “las minas [de oro] del Chocó, Popayán, Barbacoas” (270), que tan sólo llegaban —según los cálculos de Caldas— a unos dos millones.<sup>24</sup>

<sup>24</sup> En la Nueva España, la grana también ocupó a varios autores: “hubo un insecto, entre los del Nuevo Mundo, que no se comía, no mataba, ni daba pena, ni hacía bien ni mal, expresiones todas tomadas de Sahagún. Me refiero a la cochinilla”. Debido a que generaba riqueza, se la veía como “un fenómeno en cierto modo externo: la industria textil europea” (Soler 1997, 48).

Y si para el contexto de la macroeconomía ultramarina algunos insectos como este podían arrojar pingües ganancias, algunos de sus derivados (como fuente alimenticia o como recurso comercial) también podían dinamizar la economía virreinal en los contextos regionales y locales.

El tema también ocupó a varios autores del periodo y, en este orden, la miel y la cera procesados por algunos himenópteros, como los que pertenecen a la superfamilia Apoidea o abejas, fueron bien ponderados. Cuando en 1780, el capitán e ingeniero Juan José Donoso llegó a la provincia de Citará para cartografiar el curso del río Atrato e inspeccionar “los frutos que naturalmente produce el Chocó”, encontró que los negros e indígenas residentes fabricaban antorchas con la cera y se deleitaban y comerciaban con la miel, teniendo en cuenta que “los enjambres de abejas en los huecos de los árboles son innumerables; producen mucha miel y cera, aunque es algo obscura; la libra vale dos reales. El frasco de miel de cinco libras, doce” (Jiménez Donoso 1954, 209).

De explotarse los panales a mayor escala y de lograr una refinación con mayor calidad de ambos insumos, sus réditos generarían prosperidad material en esta y otras lejanas fronteras.<sup>25</sup> Mutis afirmó que de la “enfadosa lista de tanta sabandija” de las tierras bajas “no hay que esperar algún secreto para la medicina, para las artes o la economía civil”. A pesar de ello, advirtió cómo las avispas podrían ser de gran ayuda en las labores del campo, pues devoraban orugas, saltamontes, “langostas” y “cucarrones”, o alejaban a las temidas arrieras y “no dejan arrimar a otra hormiga” a los “arbolitos” de varios cultivos provechosos.

#### PALABRAS FINALES

La representación simbólica que se hizo de los insectos, sobre todo de los existentes en los lejanos parajes de las tierras cálidas del virreinato, brindó argumentos renovados a las élites coloniales para emprender la anexión de territorios todavía no ocupados por el sistema colonial, para conocer y explotar los recursos allí existentes, o para domesticar al medio natural y liberarlo así de las criaturas —como las “horrendas sabandijas” y las “ponzoñosas alimañas”— que hacían de éste unas “espesas indómitas” contrarias a la presencia del colonizador.

Los significados y contenidos de este discurso imaginario también sirvieron de herramienta simbólica de intervención social para tratar de dominar políticamente y de homogeneizar culturalmente a los grupos humanos dispersos y a las personas “rebeldes contumaces” que se oponían —desde su propio “atraso”— a los avances de la “edad de la razón”. Para emprender la tarea civilizadora no se podía contar con la población local dado que, al estar sujeta a la determinación de la humedad, del calor, de los vapores infectos y, por supuesto, al estar en contacto diario con los insectos propios de estas “melancólicas planicies”, no podría

<sup>25</sup> Otros, como Gilij, recomendaron también la miel de algunas avispas. Se pudiera tratar de especies de avispas melíferas como *Brachygastra mellifica*, *Brachygastra lecheguana* y *Polybia occidentalis*.

llevar a cabo el “adelantamiento” de aquellas fronteras remotas, así las habitaran desde siglos atrás.

Para ello se precisaba de la mano salvadora del europeo, del criollo o, al menos, la del emigrante andino mestizo. A ellos les correspondía este “inmenso honor” y, mientras acababan con los insectos de aquellos paisajes, también debían promover la erradicación de la “barbarie” de los “genios y costumbres” de sus gentes. Como lo indicó Francisco Requena, el “progreso” sólo llegaría allí cuando el “espíritu” y el “ingenio” de las personas ilustradas transformara a aquellas “cigarras perezosas” en las “hormigas oficiosas” que necesitaba el virreinato de la Nueva Granada.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, Vladimir. 1998. “La fauna del Orinoco en los cronistas coloniales españoles. Entre el bestiario medieval y la moderna zoología”. *Revista Bigott* 45: 26-39.
- ARIZA, Andrés de. [1744] 2004. *La Gobernación del Darién a finales del siglo XVIII. El informe de un funcionario ilustrado*. Edición de Álvaro Baquero y Antonino Vidal. Barranquilla: Ediciones Uninorte.
- ARMSTRONG, Philip y Laurence Simmons. 2007. “Bestiary: An Introduction”. En *Knowing Animals*, edición de Philip Armstrong y Laurence Simmons, 1-26. Leiden-Boston: Koninklijke Brill.
- BARTRA, Roger. 2011. *El mito del salvaje*. México: FCE.
- BRODA, Johanna. 2012. “Observación de la naturaleza y ciencia en el México prehispánico: algunas reflexiones generales y temáticas”. En *La relación hombre-naturaleza. Reflexiones desde distintas perspectivas disciplinarias*, edición de Brígida von Mentz, 102-135. México: CIESAS-Siglo XXI.
- BURKE, Peter. 2011. “Fortalezas y debilidades de la historia cultural”. En *Peter Burke. Debates y perspectivas de la Nueva Historia Cultural*, edición de Yobenj Chicangana-Bayona y Liliana Cortés, 37-56. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín-Alcaldía Mayor de Bogotá-Fundación Gilberto Alzate Avendaño.
- CALDAS, Francisco José de. [1808] 1966a. *Obras completas*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- COE, Sophie. 2004. *Las primeras cocinas de América*. México: FCE.
- GERBI, Antonello. [1955] 1982. *La disputa del Nuevo Mundo. La historia de una polémica 1750-1900*. México: FCE.
- GILIJ, Felipe Salvador. [1782] 1965. *Ensayo de historia americana*, tomo I. Edición de Antonio Tovar. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.
- HOGUE, Charles. 1987. “Cultural Entomology”. *Annual Review of Entomology* 32:181-199.
- HUMBOLDT, Alexander von. [1814] 2005. *Del Orinoco al Amazonas. Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*. Barcelona: Planeta.
- JIMÉNEZ DONOSO, Juan. [1780] 1954. *Historia documental del Chocó*. Edición de Enrique Ortega Ricaurte. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional-Editorial Kelly.
- LE GOFF, Jacques. 2002. *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*. Barcelona: Gedisa.
- MORENO, Elena. 2007. “Iconografía e iconología desde el Renacimiento hasta nuestros días. Su aplicación en la arqueología”. *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 9: 179-214.

- MUTIS, José Celestino. 1983. *Escritos científicos de don José Celestino Mutis*, tomo II. Edición de Guillermo Hernández de Alba. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.
- PÉREZ, Edgardo. 2011. *La obra de Dios y el trabajo del hombre. Percepción y transformación de la naturaleza en el virreinato de la Nueva Granada*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.
- PINKUS, Miguel. 2010. “El hombre y los artrópodos: un vínculo inalienable”. *Península* 5, núm. 2 (otoño): 81-100.
- REQUENA, Francisco. [1744] 1984. *Descripción histórica y geográfica de la Provincia de Guayaquil en el Virreynato de Santa Fe, para acompañar al mapa general de su distrito e inmediaciones*. Edición de María Luisa Laviana Cuetos. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos.
- SALDARRIAGA, Gregorio. 2011. *Alimentación e identidades en el Nuevo Reino de Granada, siglos XVI y XVII*. Bogotá: Universidad del Rosario.
- SOLER, Pablo. 1997. “Los insectos coloniales. Insectos y artrópodos en el arte mexicano”. *Artes de México y del Mundo* 11: 32-49.
- ULLOA, Antonio de. [1748] 2002. *Viaje a la América Meridional*, tomo I. Edición de Andrés Samuell Lladó. Madrid: Dastin Historia.
- WILSON, Edward y José Gómez. 2010. *Kingdom of Ants: José Celestino Mutis and the Dawn of Natural History in the New World*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- YEVZLIN, Michael. 1999. *El jardín de los monstruos. Para una interpretación mitosemiótica*. Madrid: Biblioteca Nueva.